

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

## EL PLACER DE ODIAR

WILLIAM HAZLITT PUBLICÓ POR PRIMERA VEZ  
«ON THE PLEASURE OF HATING» EN SU LIBRO *The plain speaker*  
(LONDRES, HENRY COLBURN, 1826)  
Y «WHY DISTANT OBJECTS PLEASE»  
EN EL SEGUNDO TOMO DE SU *Table-Talk*  
(LONDRES, WARREN, 1822).

LOS OTROS DOS ENSAYOS QUE COMPLETAN ESTE VOLUMEN,  
«ON FASHION» Y «ON THE FEELING  
OF IMMORTALITY IN YOUTH»,

SE PUBLICARON ORIGINARIAMENTE EN LA PRENSA,  
EN *The Edinburgh Magazine* (SEPTIEMBRE DE 1818)  
Y *The Monthly Magazine* (MARZO DE 1827).

TRADUCIMOS «ON THE PLEASURE OF HATING»  
DE LA EDICIÓN DE TOM PAULIN Y DAVID CHANDLER  
(*The fight and other writings*, LONDRES, PENGUIN, 2000),  
Y LOS OTROS TRES ENSAYOS DE LA EDICIÓN DE GREGORY DART  
(*Metropolitan writings*, MANCHESTER, CARCANET, 2005).

ESTA TRADUCCIÓN SE DEBE A MARIA FAIDELLA.

LICENCIADA EN FILOLOGÍA HISPÁNICA POR  
LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA, TRAS DEDICARSE VARIOS  
AÑOS A LA ENSEÑANZA DEL ESPAÑOL  
COMO LENGUA EXTRANJERA, ORIENTÓ SU CARRERA  
PROFESIONAL AL MUNDO DE LA TRADUCCIÓN LITERARIA  
Y DE GUIONES PARA DOBLAJE. HA TRADUCIDO,  
ENTRE OTROS, A AUTORES COMO DORIS LESSING,  
DAVID MAMET, THORNTON WILDER,  
LAWRENCE DURRELL, HENRY MILLER, ELIZABETH GASKELL  
Y SOMERSET MAUGHAM.

www.elboomeran.com

William Hazlitt

1778-1830

EL PLACER DE ODIAR

1826

*Seguido de*

SOBRE EL SENTIMIENTO DE INMORTALIDAD

EN LA JUVENTUD

1827

POR QUÉ NOS GUSTAN LOS OBJETOS DISTANTES

1822

SOBRE LA MODA

1818

*Traducción del inglés de*

Maria Faidella

*Postfacio, cronología y bibliografía de*

Jordi Doce

NORTESUR

Barcelona

2009

## SOBRE LA MODA

Nacido de nada, engendrado de nada.<sup>66</sup>

Su atuendo no era de seda ni de sarga,  
sino plumas pintadas en atavío perfecto,  
como los indios curtidos por el sol adornan  
su cuerpo en el más solemne juramento.  
Como las mismas plumas, parecía vano y ligero,  
que por su andar podía aparentar con holgura  
pues se movía como bailando con deleite  
y en las manos sostenía un abanico,  
que en el aire inerte aquí y allá movía.<sup>67</sup>

La moda es una extraña mezcla de contradicciones, de simpatías y antipatías. Existe sólo cuando participa de ella un número reducido de personas y su esencia se destruye cuando se transmite a un número superior. Es una lucha continua entre «la gente profana»<sup>68</sup> para aventajar o igualar a los demás en la carrera de las apariencias mediante la adopción, por parte de algunos, de símbolos tan externos y fantásticos como llamar la atención y despertar la envidia o la admiración del espectador, y que tan pronto como se dan a conocer y se exponen a la mirada pública con este fin son acertadamente copiados por la

66. Shakespeare, *Romeo y Julieta*. (N. de la T.)

67. Edmund Spenser, *The Faerie Queene*. (N. de la T.)

68. Horacio, *Libro III, Oda I*. (N. de la T.)

multitud –servil rebaño de imitadores que no desean quedar rezagados de quienes les superan en apariencia externa y pretensiones–, y sin previo aviso se hunden después en el descrédito y el desdén. Así pues, la moda vive únicamente en una rutina constante de innovación vertiginosa y vanidad sin sosiego. Estar anticuado es el peor delito del que se puede acusar a una capa o a un sombrero. No parecerse a nadie es una crítica sobradamente humillante; correr el peligro de ser confundido con alguien de la chusma es peor. La moda comienza y termina siempre por las dos cosas que más aborrece: la singularidad y la vulgaridad. Es el proceso perpetuo de establecer y repudiar una pauta determinada del gusto, de la distinción y del refinamiento cuyo único fundamento y autoridad es la elegancia predominante en ese momento, que ayer era ridícula por nueva y mañana será aborrecible por común. Es una de las cosas más nimias e insignificantes. No puede ser duradera, pues depende del cambio y de la variación constantes de sus propios disfraces de arlequín; no puede ser verdadera, pues si lo fuera no dependería de la inspiración del capricho; debe ser superficial, para producir un efecto inmediato en la multitud boquiabierta; y frívola, para aceptar que su existencia sea usurpada a placer por todos aquellos que siguiendo la moda aspiran a distinguirse del resto del mundo. Nada es en sí misma, ni de nada es señal, sino de la simpleza y la vanidad de los que la tienen por su mayor orgullo y adorno. Ejerce el más fuerte dominio sobre las mentalidades más débiles y estrechas, sobre aquellos cuya vaciedad no imagina nada digno de elogio excepto

lo que piensan otros y cuya vanidad les induce a restringir el concepto de excelencia a ellos mismos y a los que son como ellos. Lo que es verdadero o hermoso en sí mismo no lo será menos por ser único. Lo que es bueno para todas las cosas será mejor si es ampliamente difundido. Pero la moda es el resultado inútil de la vana ostentación y del exclusivo egoísmo: es arrogante, trivial, afectada, servil, despótica, mezquina y ambiciosa, precisa y fantástica, todo al mismo tiempo, no atada a ninguna norma y obligada a atenerse a todos los caprichos del momento. «La moda de hace una hora se mofa de quien la lleva.»<sup>69</sup> Es una esencia sublimada de la veleidad, del capricho, de la vanidad, de la extravagancia, de la ociosidad y del egoísmo. Piensa únicamente en no ser contaminada por el uso vulgar, avanza con curvas y quiebros como una liebre y recurre a los trucos más ruines para evitar que le den alcance los sabuesos comunes que la persiguen constantemente. Se las ingenia para mantener sus exigentes pretensiones, no por la dificultad de lograrlas, sino por la rapidez y la naturaleza efímera de los cambios. Es una suerte de distintivo convencional o un pasaporte tácito para entrar en los círculos selectos que debe ser variable (como la marca al agua de un billete) para que no lo falsifiquen quienes carecen de la enseña de la sociedad distinguida; si la prueba de admisión a todos los privilegios de este refinado y volátil ambiente se basara en un mérito real o en un logro extraordinario, quedarían excluidos demasiados aspirantes impertinentes, ob-

69. John Clare, *To the Memory of Bloomfield*. (N. de la T.)

tusos, ignorantes, superficiales, advenedizos y admiradores de sí mismos para que los pocos que salieran airoso de la prueba fueran capaces de mantener entre sí un comportamiento aceptable. Si la moda fuera, digamos, distinguirse por la virtud, sería difícil dar o seguir el ejemplo, pero esto reduciría los aspirantes a un pequeño número (no la parte más a la moda de la comunidad) y le conferiría un aspecto muy singular. O si el patrón establecido fuera la excelencia en un arte o una ciencia, se evitaría también eficazmente la imitación vulgar, pero se evitaría igualmente que imperase la impertinencia. Se formaría un oscuro círculo de *virtù* y también de virtud, trazado dentro del círculo establecido de la moda, pequeña provincia de un poderoso imperio; el ejemplo de la honradez se propagaría lentamente y el saber aún habría de presumir de pertenecer a una respetable minoría. Sin embargo, tales logros remotos y poco cortesanos ¿de qué servirían a los grandes y a los nobles, a los ricos y a las mujeres hermosas, sin el *éclat*, el alboroto y las tonterías propios de aquello que todo el mundo sigue y admira por igual? Lo real y lo sólido nunca podrán ser la moneda corriente, al servicio diario de la vanidad y la moda. Debe ser lo falso, lo ostentoso, lo elegante por fuera y sin valor intrínseco, lo que está al borde de la afectación más indolente, lo que se puede poner y quitar a sugerencia de la extravagancia más deliberada, y a lo que, a través de todas sus fluctuaciones, no se puede dar una razón posible, ¡pero que es la última ridiculez que está en boga! La forma del tocado, si es plano o se eleva (bucle sobre bucle) varios pisos con la ayuda de horquillas y pomadas, el ta-

maño de un par de hebillas con gemas de vidrio, la cantidad de cordones de oro en un chaleco bordado, la manera de tomar una pizca de rapé o de sacar el pañuelo del bolsillo, el ceceo y la pronunciación afectada de ciertas palabras, la manera de decir *Me'm* por *Madam*, el *Tam* y el '*Pain honour* de Lord Foppington<sup>70</sup> con una serie de frases habituales de visita y sentimientos insustanciales clasificados para el momento, eran lo que antes distinguía a la multitud de damas y caballeros refinados de la multitud de sus inferiores. Esos signos y aditamentos de distinción tuvieron su momento, y posteriormente fueron reemplazados por otros igualmente perentorios e inequívocos. Pero en este constante cambio de opinión, un disparate suele expulsar a otro, una bagatela que por su frivolidad específica adquiere un ascendiente momentáneo y sorprendente sobre la anterior. Ninguna deformación notable de la apariencia o del comportamiento ha dejado de convertirse en «el signo de una gracia interna e invisible». Las imperfecciones fortuitas son un pretexto para ocultar los defectos reales. La pintura, los lunares postizos y los polvos fueron en otro tiempo sinónimos de salud, limpieza y hermosura. La obscenidad, la irreligión, los leves juramentos, el exceso de bebida, el juego, la afeminación en un sexo y los aires de amazona en el otro, todo está de moda mientras dura. En el reinado de Carlos II, la profesión y la práctica de toda clase de extravagancias y perversiones se consideraban signos indis-

70. Personaje de la comedia *The Relapse*, de John Vanbrugh. (N. de la T.)



pensables de un caballero cabal. Desde aquel periodo, la corte se ha reformado y ha adquirido un aire más bien rústico. Antes, nuestras bellas mujeres se sobrecargaban de ropa; en los últimos años, están dispuestas a ir casi desnudas, «y cuando no se adornan, más adornadas van». Las mujeres han abandonado las ballenas, y los hombres han empezado a llevarlas, si hemos de dar crédito a las auténticas memorias de la familia Fudge.<sup>71</sup> La cabeza de Níobe ha quedado ahora sepultada bajo la capota con ala, y los sombrereros y *marchands des modes* franceses han demostrado ser superiores a los escultores griegos en lo que a buen gusto e indumentaria se refiere.

No obstante, en los últimos años se ha producido un notable cambio en el vestir y cierto progreso en el buen gusto y la elegancia, siendo la circunstancia que al extender la moda su imperio en ese sentido, ha perdido su poder. Mientras la moda en el vestir incluía elementos costosos, quedaba confinada a las clases más acaudaladas: incluso eso era una intromisión en los privilegios de rango y nacimiento, que durante mucho tiempo fueron lo único que infundía o pretendía infundir respeto, y vemos que Shakespeare se lamenta de que «la dama de ciudad lleva la fortuna de un príncipe sobre sus hombros indignos»;<sup>72</sup> pero cuando ocupar un lugar prominente en la moda dejó de depender de la capacidad para comprar ciertas prendas de vestir caras o del derecho a llevarlas, el resto fue tan evidente y sencillo que cualquiera podía lu-

71. Thomas Moore, *The Fudge Family in Paris*. (N. de la T.)

72. Shakespeare, *Como gustéis*. (N. de la T.)

cir el aspecto del mejor petimetre sólo con desearlo. Se convirtió en una cuestión de mera afectación por un lado, y paulatinamente dejó de ser una cuestión de presunción aristocrática por el otro. «En el gran carnaval de nuestra época»,<sup>73</sup> de todos los cambios no es el menos importante que las monstruosas pretensiones de distinguirse en el vestir hayan disminuido por consentimiento tácito, y que las más sencillas y airosas hayan sido requisito de todas las clases. En este sentido, como en otros, «nuestra época se ha vuelto tan selecta que la punta del pie del campesino pisa el talón del cortesano y le roza el sabañón»;<sup>74</sup> ¡en la calle apenas se distingue a un lord de un escribiente de procurador y un penacho ya no se confunde con la más alta distinción del país! Las ideas de la igualdad natural y las máquinas de vapor de Manchester han allanado, como una doble artillería, las altas torres y las estructuras artificiales de la moda, y un vestido de muselina blanca es ahora la indumentaria común del ama y de la sirvienta, que ya no visten como hasta ahora ricas sedas y rasos o áspera estameña. Sería ridículo, según un principio similar, que el cortesano no cediera la pared al ciudadano sin llevar una espada al costado que justificase su derecho de preferencia; y según las nociones estrictas que han prevalecido del mérito personal y de la identidad de un hombre, un bastón pendiendo de su brazo es la mejor extensión de su figura que se puede permitir al moderno *petit-mâitre*.

73. Edmund Burke, *Letter To A Noble Lord*. (N. de la T.)

74. Shakespeare, *Hamlet*. (N. de la T.)

La inutilidad de la moda en sí misma se demuestra al ver con qué facilidad asume esta vana y alabada distinción la gente más desinformada y común cuando se levantan las restricciones de la decencia o las circunstancias. Conozco a un enterrador que es la persona más presuntuosa de las calles de Londres, y a un mercero de Aldermanbury que tiene el andar más militar de todos los haraganes de la calle Bond o St. James. En cualquier momento podemos reclutar un regimiento de petimetres a partir de un mismo número de mentecatos con la suficiente vanidad para embriagarse con la elegancia de su aspecto y faltos del sentido necesario para avergonzarse de sí mismos. Todos recordamos la historia de Peregrine Pickle,<sup>75</sup> de la gitana vagabunda a quien éste recogió, hizo refregar a conciencia e introdujo en un ambiente selecto que la recibió con gran aceptación; hasta que la muchacha entró en cólera al ver las trampas que una dama hacía con las cartas, soltó una sarta de improperios y dejó que la naturaleza triunfara sobre el arte. El atuendo es el gran secreto del tratamiento recibido. Las ropas y la confianza en uno mismo introducen a cualquiera en el círculo de la distinción. Observemos a las dos clases de mujeres elegantes que vemos en los palcos del teatro. Ambas van igualmente vestidas a la última moda, las dos se han aplicado colorete y llevan el cuello y los brazos desnudos; las dos tienen el mismo aire atento, altivo y teatral, el mismo balanceo de cabeza, la misma inclinación de los hombros, con toda la

75. Tobias Smollett, *The Adventures of Peregrine Pickle*. (N. de la T.)

gracia que se deriva de la total ausencia de turbación y con toda la fascinación que emana el desdén sistemático por el puritanismo formal, la misma afectación y jerga de las conversaciones a la moda, el mismo mimetismo en el tono y las frases, los mismos «ceceos, y andares pausados, y afeites, y apodos a todos los seres de la tierra»;<sup>76</sup> todo es lo mismo, salvo el verdadero decoro en el comportamiento y la verdadera delicadeza en los sentimientos. En el aspecto externo son tan parecidas como una imagen reflejada en el espejo. La única diferencia entre la mujer de la moda y la mujer del placer reside en que una *es* lo que la otra *parece ser*; y con todo, las víctimas de la disipación que así emulan, y casi eclipsan, a las mujeres de alto nivel con todo el brillo, el orgullo y el esplendor de la moda y la ostentación no son, por lo general, más que unas muchachas campesinas toscas, incultas e inexpertas, o unas sirvientas torpes y zafias que no necesitan más aprendizaje ni aptitud para estar al mismo nivel que las personas más distinguidas de la sociedad, con todo el esplendor y la elegancia del aspecto externo, que haber renunciado a sus privilegios comunes y a todo derecho de respeto en la realidad. En verdad, la auténtica virtud, la belleza y el entendimiento son la misma cosa, «en mayor o menor grado»; y los aires de pretendida superioridad que sobre ellos se dan las clases más altas por meros logros frívolos y externos los puede imitar fácilmente, con irritante éxito, la clase más baja siempre que tenga el valor suficiente.

76. Shakespeare, *Hamlet*. (N. de la T.)

Las dos cosas que están más próximas en el mundo son el refinamiento y la vulgaridad,

y finas particiones separan sus límites.<sup>77</sup>

Donde hay gran ostentación de aquél, podemos estar seguros de encontrar ésta por partida doble. Quienes son conscientes de poseer cierto grado de superioridad o refinamiento no son particularmente celosos de los indicios mostrados por los advenedizos. Todas las novelas de la señora Burney giran en torno a esa leve distinción. Es la única cosa que se les puede criticar. Es difícil decir a quién considera ella peor, si a la gente humilde que siempre imita a la aristocracia o a la gente de la alta sociedad que siempre rehúye la vulgaridad. El señor Smith y los Brangton<sup>78</sup> vivían en un perpetuo intento de actuar como sus conocidos distinguidos, y éstos, de nuevo, ponían un empeño constante en *no* decir ni hacer lo que hacían y decían el señor Smith y los Brangton. ¡Qué juego de los despropósitos más interesante! «Los reyes son por naturaleza amantes de las compañías humildes», según observa el señor Burke; porque esto no pone en duda su rango y sólo pueden esperar encontrar, en el extremo opuesto de la desigualdad natural y artificial, alguna cosa que les reafirme en la creencia de que sus pretensiones personales responden del todo a la ostensible superioridad para la que

77. John Dryden, *Absalom and Achitophel*. (N. de la T.)

78. Fanny Burney, *Evelina*. (N. de la T.)

han sido educados. Únicamente relacionándose con los peores y los más débiles se convencen de que son los mejores y los más sabios de la humanidad.